

«Aquí estoy, porque me has llamado»

(1 Samuel 3,8)

Carta pastoral ante el curso 2026-2027

✠ Luis Ángel de las Heras, CMF
Obispo de León

«Aquí estoy, porque me has llamado»

(1 Samuel 3,8)



Carta pastoral ante el curso 2026-2027

✠ Luis Ángel de las Heras, CMF
Obispo de León

Índice:

1. Introducción	7
2. La vida cristiana es una llamada	11
3. Samuel, modelo motivador.....	13
4. “Aquí estoy”: la necesaria respuesta de la persona bautizada ...	15
5. El bautismo: raíz de toda vocación cristiana	17
6. La diócesis de León, familia vocacional	19
7. Una diócesis con alma vocacional	21
8. La vocación de los laicos en la asamblea de los llamados.....	24
9. El ministerio ordenado y la vida consagrada, dentro del único pueblo vocacional.....	26
10. Vocación y misión samaritana	28
11 La oración por las vocaciones y la renovación de nuestra respuesta	30
12. Una invitación para el curso 2026-2027.....	32
13. La XXV Semana de Pastoral	34
14. Conclusión	35
Oración	37

***A los clérigos, los consagrados, los fieles laicos
y a todos los hombres y mujeres de buena
voluntad que peregrinan en la Diócesis de León***

1. Introducción

Queridos todos:

1. Hay palabras de la Sagrada Escritura que nunca envejecen; escenas bíblicas que pertenecen a un tiempo remoto y, sin embargo, siguen sucediendo hoy. Una de ellas es la del niño Samuel, acostado en el templo, todavía sin reconocer del todo la voz del Señor, pero disponible para escucharla. Despierta ternura, viveza y limpieza de corazón. Transmite paz y esperanza.
2. Resuena la llamada y se repite la búsqueda con insistencia. Y cuando por fin comprende, Samuel responde: “Habla, que tu siervo escucha” (1 Sam 3,10). Pero antes ya ha respondido varias veces diciendo: “Aquí estoy” (1 Sam 3,4); “Aquí estoy, porque me has llamado” (1 Sam 3,5.6.8).
3. Con estas palabras quiero dirigirme a toda la diócesis de León antes de la celebración de la XXV Semana de Pastoral, al comienzo del curso 2026-2027, y como preparación para participar activamente en ella. Lo hago movido por una invitación de la Iglesia que peregrina en España y por una convicción personal sencilla, llena de esperanza y de alegría: Dios sigue llamando hoy, como llamó a Samuel y a tantos otros hombres y mujeres. Llama en las comunidades cristianas de León. Llama a cada uno y a cada una. No solo llama a algunos que pueden plantearse el ministerio ordenado o la vida consagrada. Dios llama a todos

los bautizados, porque la vida cristiana nace de una llamada y se convierte en respuesta fecunda que puede dar muchos frutos. Esto coincide con una intuición del camino sinodal de la Iglesia universal, que recuerda en su Documento Final del Sínodo 2024 que la llamada nace de la identidad bautismal común e interpela a todos los bautizados, sin excepción (cf. DF n. 4).

4. La misma convicción resonó con fuerza en el Congreso de Vocaciones *¿Para quién soy?* en febrero de 2025, en el que tuvimos la gracia de participar veintiséis diocesanos de León entre laicos, personas consagradas y ministros ordenados. Una experiencia eclesial única cargada de esperanza, de fraternidad con el horizonte de mejorar el ámbito vocacional en las Iglesias particulares, en el clero y en los seminarios, en la vida consagrada y en la vida laical. Allí se subrayó que la crisis de nuestro tiempo no es solo la disminución de algunas vocaciones específicas, sino una crisis más honda: la de no entender ni vivir la propia vida como vocación. Algo que no es exclusivo de la Iglesia, puesto que en la sociedad toda persona puede encontrar y seguir una vocación entre las llamadas que recibe según las aptitudes que posee para responder. La sociedad también ha de ayudar a descubrir una vocación humana a cada persona.
5. Los cristianos somos llamados por Dios y hemos de discernir cómo responder, igual que Samuel en el templo. Un lugar que nos ha de evocar el retiro necesario para escuchar y conocer la voz del Señor que nos llama y encontrar cuál es el modo de vivir la vida cristiana que nos ofrece y nos conviene, que nos regala y nos hace crecer con una respuesta alegre, generosa, evangélica y evangelizadora.
6. Al entregaros esta carta pastoral, quiero situarme en continuidad con el camino recorrido estos años en nuestra diócesis. En

la carta pastoral «Como granos que hacen el mismo pan» (2024), recordábamos que somos muchos, muy diferentes y, sin embargo, llamados a hacer “el mismo pan” desde la comunión fraterna, la eucaristía, la evangelización misionera y la misión samaritana. Entonces poníamos la mirada en el año jubilar de la esperanza. Ahora nos preguntamos por aquello que está en los fundamentos de la comunión, de la participación corresponsable y de la misión: la llamada que todos hemos recibido en el bautismo.

7. Es una cuestión en la que nos ayuda a reflexionar la pregunta decisiva que formula el papa Francisco en *Christus vivit* y que el Congreso de Vocaciones ha puesto de nuevo en el centro: no basta con preguntar “¿quién soy?”, sino que es necesario llegar al interrogante más fecundo: “¿para quién soy?”. La respuesta cristiana no remite primero a la autorrealización, ni al gusto, ni a una elección aislada o cerrada sobre sí misma, sino a una vida recibida como don y llamada a hacerse don para otros.
8. En esta ocasión, para facilitar su lectura, he evitado las notas a pie de página a lo largo de la Carta. Por ello, quiero mencionar ahora los textos que más he consultado y a los que me iré refiriendo con sus respectivas siglas cuando las tienen: Papa Francisco, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium*, 2013 (EG); Papa Francisco, *Encíclica Fratelli tutti*, 2020 (FT); AA.VV., *Documento Final de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos: «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión»*, 2024 (DF); AA.VV., *Un pueblo de Dios vocacional. De los sueños a los retos* (Ponencia final del Congreso de Vocaciones), 2025; Papa León XIV, *Encíclica Magnifica humanitas*, 2026 (MH); Papa León XIV, *Alzad la mirada. Visita apostólica del papa León XIV a España*, BAC 2026. Finalmente, para referirme al Congreso de Vocaciones ¿Para quién soy? de febrero de 2025 usaré escuetamente el término «Congreso».

9. Confío en que esta Carta contribuya a poner de relieve la importancia de la vocación, de modo que en la diócesis de León crezca la cultura vocacional y todos los bautizados renovemos o encontremos por primera vez la llamada de Dios y la respuesta que hemos de dar, edificando y cuidando nuestra asamblea de llamados con humildad, alegría y esperanza. Y que este camino diocesano impulse o sugiera caminos nuevos en la sociedad leonesa, para que toda persona descubra o confirme su propia vocación.

2. La vida cristiana es una llamada

10. En nuestra cultura abundan los mensajes que invitan a construirse a uno mismo desde la sola voluntad, el deseo, la satisfacción o la autorrealización personal. No faltan posibilidades, ofertas y estímulos, pero con frecuencia faltan clarificación y profundidad en las decisiones. Esta situación puede definirse como una crisis de la vida entendida como vocación: cuando la libertad se considera y experimenta superficial y egocéntricamente, la gratificación se exige como una recompensa y casi no se plantean preguntas por la motivación y los fines de una opción de vida. Desde esa crisis, la persona humana corre el riesgo de vivir sin raíces, sin horizonte y sin capacidad de entrega.
11. Frente a ello, la fe cristiana anuncia algo que puede resultar, y ojalá resulte, revolucionario: no somos fruto del azar ni dueños absolutos de nosotros mismos; somos amados, elegidos, llamados y enviados en un momento histórico y en unas circunstancias determinadas para anunciar el Reino de Dios, que es reino de dignidad, justicia, amor, paz, libertad y fraternidad. En *Magnifica humanitas*, León XIV afirma que cada generación recibe la tarea de dar forma a su tiempo como lugar donde se proteja la dignidad de cada persona, se promueva la justicia y sea posible la fraternidad (cf. MH 1).
12. Una persona practicante me cuestionó una vez que perteneciéramos a Dios. Admitía la pertenencia a otros: padres, cónyuges, pareja... Pero no a Dios. El pensamiento imperante suele remitir a uno mismo y a un entorno elegido arbitrariamente. Pero para una persona de fe, antes que nuestras decisiones, está la iniciativa de Dios y, por supuesto, está su amor. Antes que un proyecto personal y cualquier misión concreta, está el don de la vida recibida. Por eso la vocación no es algo superpuesto ni una

tarea opcional ni, desde luego, un lujo espiritual para unos cuantos; es la forma creyente de tomar la vida en las propias manos con libertad y responsabilidad para vivir una existencia fecunda que contribuya a mejorar este mundo de modo que cada vez se extienda más el Reino de Dios. En este sentido, el Congreso afirmó que la vida es don, y la dicha verdadera pasa por acogerla y hacer de ella una entrega luminosa.

13. Dios llama desde el principio. Llama al ser humano a la existencia, a formar parte de su pueblo, a la santidad, a la comunión, a la participación y a la misión. Llama para sacarnos de la autorreferencialidad y ponernos al servicio de su Reino. Toda vocación cristiana nace de una experiencia original: saberse amado por Dios. No se trata primero de “hacer cosas” para él, sino de dejarnos encontrar por él, escuchar su voz, reconocer su presencia y responderle con libertad. Así nace la obediencia cristiana: sin esclavitud ante un dueño ni sometimiento ciego, sino como respuesta confiada a quien nos ha formado, amado y elegido ya en el seno materno (cf. Jr 1,5), nos conoce mejor que nosotros mismos y quiere para nosotros la plenitud.

3. Samuel, modelo motivador

14. El relato del capítulo 3 del primer libro de Samuel es inspirador para el discernimiento vocacional. Este niño, bendición para su madre, podrá ser bendición para muchos otros. Samuel vive cerca del Señor, pero todavía no lo conoce ni ha escuchado antes su voz. Oye que alguien lo llama, se levanta, busca dirigiéndose al único que comprende que puede haber hablado durante la noche en el templo y vuelve a acostarse. Samuel necesita aprendizaje, mediación, tiempo y paciencia. Solo después, gracias a la ayuda de Elí, puede responder de verdad. Este itinerario puede ser modelo motivador para el discernimiento vocacional.
15. También hoy muchos oyen palabras que interrogan, intuyen que algo deben hacer, sienten una inquietud, una llamada interior, un deseo de mayor verdad o entrega, pero no acaban de reconocer con nitidez su origen ni su sentido. Esto nos exige estar muy atentos y disponibles para escuchar, discernir, acompañar y nombrar lo que Dios está obrando en el corazón de las personas. La vocación no debe descubrirse ni discernirse con estruendo. A menudo llega en lo ordinario: en una amistad, en una crisis, en una herida, en una alegría, en la Palabra proclamada, en la belleza de la liturgia, en la necesidad del prójimo, en una llamada interior que no calla. Toda vocación toca el corazón humano en unas circunstancias concretas y orienta hacia el bien de los demás con horizonte universal.
16. Para responder a la pregunta “¿qué tengo que hacer?”, conviene detenerse en otra: “¿quién me llama y para qué me llama?”. Esto nos lleva a considerar que, en una cultura saturada de ruido, prisa y dispersión, nuestra diócesis necesita cultivar ámbitos de silencio, interioridad, oración y acompañamiento, como el templo donde vivía Samuel con Elí. El Congreso insistió en la necesidad

de la interioridad, la escucha de la Palabra, la reconciliación, el discernimiento y el acompañamiento personal, para que brote una verdadera cultura vocacional. Venimos repitiéndolo desde hace años.

17. En la Vigilia con los jóvenes en Madrid, León XIV dijo que, para reconocer la voz de Dios, ayuda ante todo el silencio; en el silencio se decide qué no escuchar y por qué ruidos no dejarse distraer. En esa experiencia de silencio es donde Dios puede hablarnos o podemos discernir su voz (cf. León XIV, *Alzad la mirada*, pp. 35-36).
18. Samuel nos enseña que para responder es necesario escuchar y reconocer la voz del Señor. Para ello es preciso el silencio interior y exterior. El silencio es tierra fértil donde madura la respuesta.

4. “Aquí estoy”: la necesaria respuesta de la persona bautizada

19. La contestación de Samuel, como la del salmista —“Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad” (Sal 40,8)—, no es un simple formulismo. Contiene una profunda actitud existencial. Significa disponibilidad, obediencia, confianza, acogida, apertura. Significa también renuncia a vivir encerrados en nuestra pequeñez personal y grupal. “Aquí estoy” debe ser la respuesta de toda persona bautizada. Cuando la pronuncia de corazón, sinceramente, comienza a cambiar su modo de situarse ante Dios, ante los demás, ante la Iglesia y ante el mundo. Le hace tomar conciencia de discípulo de Jesús.
20. Podemos decir que la respuesta vocacional cristiana tiene siempre algo de éxodo. El Congreso ha recordado, con palabras del papa Francisco, que la vocación supone una salida de sí, un “éxtasis” entendido como ir hacia Dios y hacia los demás, no como refugio intimista ni como búsqueda de prestigio. Dios llama por amor y la llamada envía a extender su amor. Por eso, el camino vocacional cristiano, seguimiento de Jesús, nunca es pura autorrealización ni, desde luego, afirmación narcisista, sino entrega fecunda hasta dar frutos que, en ocasiones, recolectarán aun quienes no han colaborado en la sementera.
21. Decir “aquí estoy” es también decidir ser y permanecer profundamente humano en la era de la inteligencia artificial, en la que la dignidad humana corre el riesgo de verse eclipsada. Supone tener el corazón abierto al otro, una inteligencia dispuesta a escuchar y una voluntad que busca lo que une más que lo que separa, como afirma el Papa en *Magnífica humanitas* (cf. MH 15).

22. En la respuesta vocacional del bautizado conviene aclarar algo, “por si las moscas”, como se dice popularmente. Hablar de una llamada dirigida a todos no diluye las vocaciones específicas; al contrario, las sitúa mejor. Solo comprendiendo que todos somos llamados por el bautismo puede entenderse adecuadamente la belleza singular del matrimonio cristiano, el ministerio ordenado, la vida consagrada, el diaconado permanente y los diversos carismas. El Congreso ha subrayado con fuerza que las vocaciones específicas son el rostro concreto de la única llamada bautismal, y que no tiene sentido cristiano oponerlas unas a otras o valorar una a costa de las demás.

5. El bautismo: raíz de toda vocación cristiana

23. Como ha recordado el Documento Final del Sínodo de 2024, la variedad de vocaciones, carismas y ministerios no nace de una dispersión, sino de una misma raíz: el bautismo, que nos introduce en la dignidad de hijos de Dios y nos hace caminar juntos como hermanos (cf. DF 21).
24. Por tanto, si queremos hablar con rigor sobre la vocación cristiana, hemos de volver al bautismo, por el que somos incorporados a Cristo. En él se encuentra nuestra raíz común. Por el bautismo recibimos la misma dignidad fundamental como hijos e hijas de Dios, miembros de su Pueblo y partícipes de su misión. El Documento Final del Sínodo de 2024 lo expresa con nitidez al afirmar: «Las diferentes vocaciones eclesiales son, de hecho, expresiones múltiples y articuladas de la única llamada bautismal a la santidad y a la misión» (DF 57). Además, añade: «La sinodalidad, en efecto, implica una profunda conciencia vocacional y misionera, fuente de un estilo renovado en las relaciones eclesiales» (DF 141) entre discípulos misioneros de Cristo con distintas vocaciones.
25. En nuestra diócesis venimos insistiendo desde hace años en la comunión fraterna, la sinodalidad, la evangelización misionera y la misión samaritana. Todo ello se fundamenta en la conciencia renovada de lo que hemos recibido en la fuente bautismal. Sin bautizados conscientes, agradecidos y corresponsables, la Iglesia corre el riesgo de reducirse a organización, costumbre, repetición o “museo”, como han alertado los papas Francisco y León XIV. Con bautizados que viven su fe como don y envío, en cambio, la Iglesia se vuelve más sinodal, más misionera, más fraterna y más samaritana.

26. Por eso, cuando hablamos de vocación, no hemos de pensar solo en “elegir estado de vida”, aunque también ha de llegar ese momento. Hablamos de algo más básico y permanente: vivir coherentemente el bautismo, integrar fe y vida, dejar que la pertenencia a Cristo ilumine la familia, el trabajo, la amistad, el descanso, la formación, el compromiso social y político, la atención a los vulnerables, el trabajo por la paz y la justicia, así como el cuidado de la casa común. En este sentido, Dios no nos aparta del mundo, sino que nos envía a él de un modo nuevo, haciéndonos discípulos misioneros. Nuestra reflexión para elaborar un plan diocesano de pastoral nos descubrió que la evangelización obedece al mandato misionero de Jesús (cf. EG 19) y que la Iglesia no puede quedarse al margen en la construcción de un mundo mejor, ni dejar de despertar fuerzas espirituales al servicio del bien común que fecunden la vida en la sociedad (cf. FT 276). En este horizonte se sitúan los objetivos del plan diocesano de pastoral: «facilitar encuentros fraternos»; «evangelizar en primer anuncio»; «impulsar la relación de ayuda que dignifique».

6. La diócesis de León, familia vocacional

27. Una de las intuiciones más hermosas de la ponencia final del Congreso es esta: la Iglesia es una familia vocacional (cf. AA. VV., *Un pueblo de Dios vocacional*, nn. 37-43). Gracias al bautismo y al Espíritu, formamos un pueblo vocacional, una asamblea de llamados. Siguiendo esta propuesta, bien podemos hacer que nuestra diócesis de León sea una familia vocacional que cuide-mos todos los diocesanos, hijos de un mismo Padre y hermanos en Cristo por el Espíritu.
28. Así, debemos subrayar que no somos cristianos yuxtapuestos, sino hermanos y hermanas llamados por el mismo Señor y en-viados a la misma misión, aunque por caminos diversos. La Ig-le-sia no es un espacio donde unos pocos tienen vocación y los demás colaboran; es una comunidad en la que todos reciben y maduran una llamada, cada cual según sus aptitudes y su forma de vida cristiana.
29. Esta visión tiene consecuencias muy concretas. Nos lleva a pasar de una religiosidad principalmente costumbrista a una religio-sidad de fe viva. Nos invita a pasar de una mentalidad funcional a una mentalidad vocacional. Nos pide dejar de pensar la vida eclesial en clave de “cubrir puestos”, “sacar adelante tareas” o “re-solver escaseces y conflictos internos”, para contemplarla mejor como el espacio en el que Dios hace florecer dones, carismas y ministerios. Nos exige también superar celos, comparaciones, rivalidades y polarizaciones clericales, laicales o de vida con-sagrada. Una Iglesia que reconoce la diversidad de llamadas no desprecia ni absolutiza ninguna de ellas. Se alegra por sus laicos, sus ministros ordenados, sus consagrados; acompaña a los ma-trimoniales, acoge la riqueza de los carismas, promueve ministe-rios y responsabilidades, favorece la corresponsabilidad diferen-

ciada y la reciprocidad entre todos, varones y mujeres, mayores y jóvenes. Hay diversidad de dones que se han de complementar al servicio del pueblo de Dios.

30. En la diócesis de León necesitamos seguir creciendo en esta conciencia. Hemos aprendido o recordado nociones sobre comunión, participación y misión. Hemos desarrollado una buena sensibilidad sinodal, espacios de escucha, iniciativas compartidas, coordinación dentro de las delegaciones y entre ellas, con una mayor implicación de muchos bautizados. Todo ello debe ahora recibir un nuevo impulso al descubrir que no se trata solo de vivir la vida cristiana con mayor profundidad y compromiso, de evangelizar en estos tiempos, de organizar mejor la diócesis, de acompañar y ayudar a los pobres que siempre tendremos con nosotros. Se trata de perseguir esos objetivos haciendo florecer una cultura vocacional común en la que cada persona encuentre su lugar como discípulo para cumplir la voluntad de Dios, con la riqueza de las diferentes vocaciones que brotan de la única fuente bautismal. Los dones repartidos entre las personas bautizadas de la diócesis no son para un exclusivo beneficio particular. Haciendo bien a cada diocesano, fomentan una comunidad plural y rica, una familia vocacional, capaz de afrontar los desafíos misioneros del presente y contribuir al bien común de nuestra sociedad.
31. Durante su viaje apostólico a España, en el encuentro con la comunidad diocesana de Madrid, el papa León XIV afirmó que el bautismo cambia verdaderamente la vida: los dones personales dejan de ser un don privado y se orientan al bien común sin que se produzca uniformidad (cf. León XIV, *Alzad la mirada*, BAC 2026, p. 80).

7. Una diócesis con alma vocacional

32. El Congreso nos propuso retos. Entre ellos, uno sobresale con fuerza: fomentar una cultura vocacional. No se trata de añadir una actividad más al calendario, ni de repetir otras iniciativas que tuvieron su momento hace años, ni de crear un grupo especializado que sea el único que se ocupe de “las vocaciones”. Se trata de una transformación: del lenguaje, las prácticas, la sensibilidad y la manera de pensar, acompañar, celebrar, formar y vivir. Además de las loables campañas y actividades puntuales para orar, celebrar, dar a conocer y promover las vocaciones, es necesario crear un humus común, un ambiente creyente donde cada persona pueda comprender su vida como llamada, discernirla y responder a ella.
33. ¿Qué significa esto para nuestra diócesis? Significa tener un planteamiento pastoral común que nos lleve a ser una diócesis vocacional. Para ello, en primer lugar, toda pastoral ha de tener alma vocacional —como se dijo en el Sínodo sobre los jóvenes—, puesto que esta dimensión es la más significativa de toda propuesta pastoral (cf. AA.VV., *Un pueblo de Dios vocacional*, n. 59). Esta expresión —alma vocacional— merece ser meditada y asimilada. Junto a la presentación explícita de opciones de estado de vida, toda acción pastoral ha de favorecer la escucha, el discernimiento y la respuesta. Una catequesis orientada desde esta perspectiva ayuda a descubrir que la propia vida es una llamada, paso a paso. Una pastoral juvenil atenta a las llamadas de Dios guía a los adolescentes y jóvenes a preguntarse con valentía «para quién son». Una pastoral familiar con esta sensibilidad invita a descubrir el matrimonio y la familia como llamada y misión, en la belleza que describe la exhortación apostólica *Amoris laetitia* (2016), del papa Francisco. Una pastoral samaritana que establece relaciones de ayu-

da que dignifican, revela que en el pobre y el vulnerable Cristo nos llama, nos interpela y nos mueve a conversión.

34. En segundo lugar, una cultura vocacional exige un acompañamiento y un discernimiento con alma vocacional. Por una parte, nadie responde en solitario. Los primeros discípulos siguieron a Jesús en comunidad. La Iglesia primitiva discernió conjuntamente. En nuestra diócesis necesitamos comunidades capaces de escuchar sin precipitación, espacios donde plantear serenamente las preguntas fundamentales, y una formación que no sea solo doctrinal o funcional, sino verdaderamente espiritual, humana, comunitaria y misionera. Por otra parte, aunque las mediaciones y los compañeros de camino no sean perfectos, han de ayudar a reconocer la voz de Dios. Samuel necesitó a Elí. San Pablo se dejó acompañar por Ananías. Nosotros necesitamos el acompañamiento para discernir. Y para ello acompañantes –ministros ordenados, consagrados y laicos– que estén bien formados y tengan alma vocacional.
35. El Magisterio de Francisco y León XIV, el Congreso, las cartas pastorales y la primera Carta sinodal de nuestra diócesis (2025), coinciden justamente en la importancia del conocimiento mutuo, la conversación, el diálogo, la formación compartida y la sinodalidad como forma de discernir y caminar juntos. Por eso, esta cultura vocacional requiere también una cultura de discernimiento. El Documento Final del Sínodo de 2024 insiste en que el discernimiento eclesial no es una técnica organizativa, sino una práctica espiritual vivida en la fe, con oración, humildad, escucha y apertura a lo que el Espíritu dice a la Iglesia (cf. DF 29). En este sentido, desde la corresponsabilidad bautismal, durante este curso queremos avanzar en nuestra diócesis en la renovación y constitución de los consejos pastorales, tanto en los arciprestazgos como en las parroquias. Hacen falta bautizados

dispuestos a constituirlos o renovarlos en todos los rincones de la diócesis. No es algo que haya que dejar exclusivamente en manos de los párrocos. Exige compromiso de todos los diocesanos. El Papa, en su viaje apostólico, ha recordado que estos consejos no deben reducirse a un trámite, sino ser espacios de escucha recíproca y discernimiento, donde se modifique la sensibilidad de cada uno gracias a una escucha más profunda de lo que dice el Espíritu a la Iglesia (cf. León XIV, *Alzad la mirada*, p. 83).

36. En tercer lugar, una cultura vocacional se alimenta de testigos. Las vidas entregadas con paz, alegría y sencillez contagian una gran esperanza vocacional. Estas encarnan el alma vocacional. Las vocaciones no las suscitan solo la oración, los discursos, las homilías, las meditaciones, las reflexiones y las experiencias fuertes, sino también el contacto con personas concretas. Personas que transparentan la dicha que han vivido y viven, comunidades verdaderamente fraternas, familias donde la fe se respira y sostiene, ministros ordenados que viven con caridad pastoral, consagrados cuya presencia remite a Dios y laicos que testimonian a Cristo en la vida ordinaria, la cultura, la educación, la política, el trabajo, la enfermedad, la ancianidad, la pobreza, la vecindad. El Congreso insiste expresamente en que nada hay más contagioso que el testimonio de quienes viven fielmente la llamada recibida. Francisco y León XIV lo dicen de otro modo, como recordaremos al hablar de la oración por las vocaciones y la renovación de nuestra respuesta.

8. La vocación de los laicos en la asamblea de los llamados

37. Entre nosotros sigue siendo necesario reafirmar con convicción la vocación laical y su misión como miembros del pueblo de Dios, asamblea de los llamados. Lo podemos hacer como el Congreso lo ha indicado: dando gracias a Dios por los laicos, a quienes corresponde vivir en el mundo, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, contribuyendo a la santificación de la humanidad como fermento. También podemos tomar nota del Documento Final del Sínodo de 2024 cuando recuerda que la misión implica a todos los bautizados y que la primera tarea de los laicos es impregnar y transformar las realidades temporales con el espíritu del Evangelio (cf. DF 66).
38. Esta forma de vida cristiana no consiste en suplir lo que otros no pueden hacer ni en ocupar un segundo o tercer plano en la vida de la Iglesia. Es una forma plena y genuina de vida cristiana, nacida del bautismo, como las demás, y orientada a la misión. La vocación y la misión de los laicos muestran que la fe no queda confinada en los templos ni en actividades explícitamente religiosas, sino que puede y debe impregnar la sociedad: el mundo del trabajo, la cultura, la educación, la comunicación, la economía, la política, la convivencia ciudadana, la solidaridad, el cuidado de la naturaleza y la acogida y atención a los más vulnerables. En este sentido, la Iglesia nos ofrece orientaciones muy valiosas sobre la amistad social, el diálogo, la participación en la vida pública, el cuidado de la fragilidad y de la casa común. En cada uno de estos ámbitos los laicos tienen el desafío de desarrollar su misión cuidando la dimensión dialógica, con un conocimiento del mundo y de la Iglesia donde están insertos que les permite entablar un diálogo constructivo.

39. León XIV afirma en *Magnifica humanitas* que la Iglesia desea permanecer en diálogo con el mundo contemporáneo y que la actitud de diálogo forma parte de su vocación (cf. MH 2). Esta afirmación evoca y actualiza la sugerente expresión de san Pablo VI en *Ecclesiam suam*: «La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio», porque debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir (cf. ES 34). ¡Qué importante es la llamada de hacerse coloquio hoy en el mundo! Deberíamos incluso decir: la Iglesia debe hacerse coloquio interminable en el Espíritu. Y ahí aparece un desafío especialmente genuino para los laicos: hacerse diálogo, hacerse coloquio con el mundo en el que viven.
40. En este apartado me gustaría subrayar de manera especial la vocación de la familia cristiana. La familia no es solo destinataria de la acción pastoral; es sujeto eclesial. En ella se aprende a responder, a ofrecerse, a escuchar, a agradecer, a convivir, a perdonar, a servir, a cooperar, a ser corresponsable, aunque no se utilicen estos términos en un hogar cristiano. En la familia cristiana se siembran con frecuencia las primeras semillas vocacionales. Allí se aprende que vivir es desvivirse. Una diócesis que quiera cuidar la cultura vocacional y promover la vocación laical debe cuidar con esmero a las familias, ayudarlas a vivir la fe en casa, a orar, a dialogar, a acompañar a sus hijos en la libertad, a no sofocar las llamadas del Señor por miedo o por estrechez de miras.

9. El ministerio ordenado y la vida consagrada, dentro del único pueblo vocacional

41. Una diócesis que es familia vocacional ha de promover con naturalidad, gratitud y alegría la vocación al ministerio ordenado y a la vida consagrada. No desde la ansiedad ni desde el lamento ante lo que consideramos escasez, sino desde la belleza de lo que son. El Congreso ha reiterado que todos necesitamos de todos y que cada vocación ayuda a las demás a comprenderse mejor. Igual que debemos reafirmar con convicción la vocación laical y su misión, hemos de hacerlo respecto de las llamadas al ministerio ordenado y a la vida consagrada. Lo cual nos compromete a todos a cultivar, apoyar y alentar cada respuesta.
42. Por nuestra parte, obispos, presbíteros y diáconos permanentes estamos llamados a ser signo sacramental de Cristo Pastor, servidores de la comunión, anunciadores del Evangelio, ministros de la liturgia y de la misericordia, según la especificidad o el grado ministerial. Nuestra misión no puede entenderse como prestigio, dominio o mera función, sino como servicio a la porción del pueblo de Dios que se nos encomienda y que no elegimos caprichosamente. Por eso, necesitamos comunidades que recen por nosotros, nos acompañen, nos quieran y nos pidan también autenticidad evangélica, de modo que no se cumpla este dicho: “una cosa es predicar y otra dar trigo”. Una buena pastoral vocacional incluye siempre la renovación espiritual y misionera de quienes ya han respondido al Señor. También necesitan la oración y el apoyo de los diocesanos nuestros seminaristas. Su respuesta a la llamada en estos tiempos y circunstancias requiere un cuidado por parte del pueblo de Dios al que van a servir, que esté a la altura de los dones que reciben y de los desafíos que encuentran.

43. Por su parte, la vida consagrada supone una riqueza y variedad inmensas y es imprescindible para la Iglesia. La profesión de los consejos evangélicos recuerda que Dios basta, que el Evangelio puede vivirse con libertad de voluntad, afecto y posesión, que el Reino merece una entrega total. La vida religiosa, contemplativa y apostólica, las sociedades de vida apostólica, las vírgenes consagradas, los institutos seculares y otras formas de consagración siguen ejerciendo un necesario profetismo del que habló el papa Francisco. En clave sinodal, conviene recordar también que la vida consagrada aporta a la Iglesia una larga experiencia de discernimiento común, armonización de dones, carismas y misión compartida, y que muchas comunidades son hoy un laboratorio de interculturalidad y profecía (cf. DF 65).

10. Vocación y misión samaritana

44. Toda llamada es “para” edificar la comunión fraterna y trabajar en una rica y casi inabarcable evangelización misionera. Además, como un importante elemento de discernimiento vocacional, conviene reconocer la voz de Dios en el sufrimiento del mundo “para” responder de manera impostergable en las múltiples tareas de la misión samaritana. En el discurso durante su visita a CEDIA 24 Horas en Madrid, León XIV dijo que la caridad no admite demoras y que cada encuentro con el necesitado es un *kairós*, un momento de gracia único para amar, que no podemos perder ni posponer (cf. León XIV, *Alzad la mirada*, pp. 27-28).
45. También aquí nuestra diócesis ha ido aprendiendo mucho a través del camino de la misión samaritana. En los últimos años, hemos ampliado nuestra respuesta a las llamadas de la fragilidad de la vida, la vulnerabilidad de los enfermos, la amistad social, la acogida y la fraternidad universales, la justicia, la paz y el cuidado de la casa común. En todo ello encontraremos nuevas llamadas a las que hemos de responder con estilo evangélico, como las propuestas para que las mujeres bautizadas tengan una mayor responsabilidad en nuestras comunidades, en la Iglesia.
46. La respuesta cristiana madura verdaderamente cuando aprende a ver al otro no como obstáculo ni como rival, sino como hermano y como compañero de llamada. El mensaje del papa Francisco al Congreso insistía en ello al recordar situaciones de dolor y solidaridad que ponen de manifiesto “para quién somos” y “para quién son” nuestros dones.
47. Por eso, una diócesis y familia vocacional, es una Iglesia que escucha la voz del Señor en el clamor de los pobres, las periferias, las heridas sociales, la soledad, la ancianidad, la migración, el

vacío interior de algunas personas, mayores y jóvenes, la desorientación cultural, la fractura de los vínculos y la indiferencia religiosa. En estos lugares y situaciones se oye particularmente la voz de Dios, se reconoce su llamada y se comprueba la calidad de nuestra respuesta.

11. La oración por las vocaciones y la renovación de nuestra respuesta

48. La ponencia final del Congreso dirige a la Iglesia que peregrina en España dos llamadas concretas: pedir al Dueño de la mies y volver a acoger la llamada. Ambas nos ayudarán a avanzar como diócesis vocacional.
49. Necesitamos orar más y mejor por las vocaciones. No solo por nuevas vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada, aunque ciertamente también por ellas, sino por la renovación vocacional de toda la diócesis. Rogar para que los bautizados descubran la belleza de su bautismo y lo celebren. Pedir por los matrimonios y familias. Pedir por los jóvenes. Pedir por los acompañantes y guías. Pedir por nuestras parroquias, comunidades, movimientos, cofradías y grupos. Pedir por los ya llamados, para que permanezcan fieles, alegres y disponibles. Pedir para que el Señor nos libre de la resignación y de la nostalgia estériles, del funcionalismo, del miedo a proponer, de la autorreferencialidad, del “siempre se ha hecho así” y de la mediocridad.
50. En el encuentro con los obispos de España, León XIV afirmó que la pastoral vocacional no puede reducirse a una búsqueda de números; nace de comunidades vivas, sacerdotes felices, familias que testimonian la belleza de la fidelidad y una Iglesia que muestra que seguir a Cristo expande la existencia. Más aún, la llamada del Señor puede ser escuchada como promesa de vida (cf. León XIV, *Alzad la mirada*, p. 70). Algo similar había señalado el papa Francisco en *Evangelii gaudium* cuando dijo que donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas (cf. EG 107).

51. Estas invitaciones nos urgen a cada uno de nosotros a volver a acoger la llamada. Lo cual implica una verdadera espiritualidad sinodal: escucha de la Palabra, contemplación, silencio y conversión del corazón, para reconocer juntos la voz del Espíritu (cf. DF 43). Porque no hay cultura vocacional, ni alma vocacional, ni diócesis vocacional sin conversión personal, pastoral y misionera. Habrá que añadir también la necesidad de una conversión vocacional. Quizá este sea uno de los propósitos que podamos adoptar durante este curso: que ministros ordenados, seminaristas, consagrados, laicos, familias, jóvenes y mayores podamos decir con libertad y sinceridad: “Aquí estoy, Señor, porque me has llamado” (1 Sam 3,8) y que esta predisposición sea un buen camino de conversión.

12. Una invitación para el curso 2026-2027

52. De cara al nuevo curso, deseo proponer a toda la diócesis algunas líneas sencillas y concretas:
- 53. • Que en nuestras parroquias, comunidades, colegios, movimientos, cofradías y grupos se rece con más conciencia por las vocaciones y por la renovación y conversión vocacional de todos.
 - 54. • Que se cuide la proclamación de la Palabra, la interioridad, el silencio, la meditación y el acompañamiento personal, especialmente con adolescentes y jóvenes, pero no solo con ellos. Que se habiliten espacios físicos dignos y apropiados en nuestras iglesias o locales para realizar estas acciones.
 - 55. • Que en cada una de las áreas de las delegaciones de comunión fraterna, evangelización misionera y misión samaritana, se explicita con esperanza y gozo la vida cristiana como llamada en sus diversas formas.
 - 56. • Que los laicos tomen cada vez mayor conciencia de su vocación y envío específicos como evangelizadores misioneros y samaritanos. Además, que sean reconocidos y acompañados en su misión específica en el mundo y en la Iglesia por los ministros ordenados y las personas consagradas.
 - 57. • Que ministros ordenados y personas consagradas vivan con renovada gratitud, unidad interior y transparencia la llamada recibida y sean igualmente reconocidos y acompañados por los laicos.
 - 58. • Que la formación diocesana tenga cada vez más un estilo compartido y sinodal, como intercambio de dones entre las distintas vocaciones, al servicio de la misión y de una corres-

ponsabilidad diferenciada, tal y como hemos empezado a realizar en algunas actividades formativas de la diócesis (cf. DF 143).

59. • Que toda la diócesis crezca en la comunión fraterna para que las distintas formas de vida cristiana se conozcan mejor, se aprecien más y se ayuden siempre para construir una familia diocesana vocacional.
60. Estas orientaciones están en sintonía con el camino diocesano de comunión fraterna, evangelización misionera y misión samaritana, así como con los desafíos vocacionales que ha descubierto la Iglesia en este ámbito.

13. La XXV Semana de Pastoral

61. Esta Carta se publica para ser leída antes de la XXV Semana de Pastoral de la diócesis de León y se presentará al comienzo de la misma, el 22 de septiembre de 2026. Deseo que esta Semana sea un verdadero tiempo de escucha, discernimiento y renovación, en el que toda la diócesis se pregunte con hondura: ¿para quién somos? Y, a la vez, aprenda a responder personal y comunitariamente: “Aquí estoy, Señor, porque me has llamado” (1 Sam 3,8).
62. De este trabajo compartido podrá brotar, si el Señor lo concede, una nueva palabra diocesana de carácter sinodal —la segunda Carta sinodal de nuestra diócesis—, fruto de la reflexión y del discernimiento realizados en la XXV Semana de Pastoral.

14. Conclusión

63. Permitidme terminar volviendo al comienzo: Samuel, de noche, en el templo, en silencio, todavía aprendiendo a reconocer la voz del Señor. Imaginadlo como aparece en la portada de esta Carta con una silueta generada por IA sobre una fotografía que hicimos desde la plataforma que sirve para restaurar las vidrieras de la *Pulchra leonina*: en el interior de nuestra catedral, mirando hacia el crucificado por encima del trascoro, con la luz de la Jerusalén celeste alumbrando la vocación del niño. De algún modo, podemos vivir o revivir la experiencia dichosa del despertar vocacional de Samuel.
64. Vivámoslo o revivámoslo personalmente y como comunidad diocesana. Peregrinamos entre luces y sombras, con gratitud por lo recibido y una conciencia responsable de lo mucho que aún queda como don y tarea. Eso no debe desanimarnos. Es precisamente ahí donde Dios sigue llamando y renueva nuestra alegría y disponibilidad.
65. Que nadie concluya que Dios no lo llama. Que ninguna persona crea que ya es tarde para responder, ni piense que la llamada de Dios es una cuestión para otros. Que ningún diocesano se conforme con una respuesta desapasionada, rutinaria o sin horizonte. Dios nos ha llamado a todos por nuestro nombre, letra a letra, y nos ha amado primero. Cada uno ha recibido dones para el bien común y puede ofrecerlos para la misión. Todos, desde la gracia del bautismo, estamos llamados a realizar algo grande en nuestra existencia y, así, a ser profundamente humanos, como el Señor Jesús.
66. La Virgen del Camino, mujer del “hágase”, nos enseñe a vivir disponibles a la voluntad de Dios. San Froilán, pastor fiel y solí-

cito, nos ayude a escuchar y obedecer de corazón. Y el Señor nos conceda, a cada uno y a toda nuestra diócesis, la gracia de poder decir con verdad, humildad y esperanza:

¡Aquí estoy, Señor, porque me has llamado!

¡Aquí estamos, Señor, porque nos has llamado!

León, 22 de julio de 2026

Fiesta de Santa María Magdalena,
discípula del Señor, *apóstola de los apóstoles*

✠ **Luis Ángel de las Heras, CMF**

Obispo de León

«Aquí estoy, aquí estamos, Señor»

Dios Padre,
que por el bautismo nos has hecho hijos e hijas tuyos
y miembros de un mismo pueblo,
derrama tu amor sobre la diócesis de León.

Dios Hijo, que llamas y envías a tus discípulos,
ayúdanos a reconocer tu llamada,
a descubrirla por primera vez
o a renovar nuestra respuesta.

Dios Espíritu Santo,
suscita y fortalece entre nosotros
las vocaciones de presbíteros y diáconos permanentes,
de personas consagradas y laicas,
para que, con diversos dones y ministerios,
edifiquemos la Iglesia y sirvamos a quienes más nos necesitan.

Virgen del Camino, esperanza nuestra,
enséñanos con tu silencio
a distinguir la voz de Dios
y a decir: «Hágase en mí».

San Froilán, patrono de nuestra diócesis,
ayúdanos a encontrar
las sendas misioneras de estos tiempos
según la voluntad de Dios.

Aquí estoy, aquí estamos, Señor,
porque me has llamado,
porque nos has llamado.

Amén.



✠ **Luis Ángel de las Heras, CMF**
Obispo de León